

BREVE APUNTE SOBRE TITO LIVIANO, EL BURGALÉS DE OÑA REMEDO DE BENITO PÉREZ GALDÓS

MARÍA JESÚS JABATO DEHESA
Académica numeraria de la
Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes

RESUMEN: La tercera, cuarta, quinta y sexta novelas de la quinta y última serie de los *Episodios Nacionales*, de Benito Pérez Galdós (1843–1920), tituladas *Amadeo I*, *La I República*, *De Cartago a Sagunto y Cánovas*, tienen por protagonista a Proteo Liviano, Tito Liviano, un burgalés de Oña, que es remedo del propio Galdós. A través de él narra el escritor las sensaciones que le produjo la ceguera, que le impidió concluir esta serie.

PALABRAS CLAVE: Burgos, Oña, Benito Pérez Galdós, Episodios Nacionales.

ABSTRACT: The third, fourth, fifth and sixth novels of the fifth and last series of the *National Episodes*, by Benito Pérez Galdós (1843–1920), titled *Amadeo I*, *La I República*, *De Cartago a Sagunto y Cánovas* have Proteo Liviano as a protagonist, who is a burgalese from Oña and an imitation of Galdós. The writer narrates through him the feelings he got from his blindness, which didn't allow him to finish this series.

KEY WORDS: Burgos, Oña, Benito Pérez Galdós, National Episodes.

Nada de ti sabemos. Galdós misterioso.

Eugenio D'Ors

Era yo, pues, un caso peregrino de proteísmo; y ved, amigos, cómo ésta mi voluble constitución mental venía consagrada desde mi nacimiento y bautismo por mi nombre y cognomen. Yo me llamo, sabedlo ya, *Proteo Liviano*, de donde saqué el *Tito Livio* usado en mis primeros escritos, y el *Tito* a secas que hoy merece mi preferencia por lo picante y diminuto.

Así se define Proteo Liviano Zurbano, *Tito*, protagonista y al mismo tiempo redactor de los últimos *Episodios Nacionales* de la quinta serie¹ –*Amadero I, La I República, De Cartago a Sagunto y Cánovas*–, por orden del *isleño, el guanche o el canario*, un escritor perezoso que no es otro que Benito Pérez Galdós (1843-1920).

El isleño me autorizó a contar la historia como testigo de ella, figurándome en algunos pasajes, no sólo como presenciador, sino como lo que en literatura llamamos héroe o protagonista. A mi observación de que yo tendía por temperamento y volubilidad natural a la mudanza de opinión, y a variar mi carácter y estilo conforme a la ocasión y lugar en que la fatalidad le ponía, contestó que esto no le importaba, y que la variedad de mis posturas o disfraces daría más variedad a la obra.

Amadeo I (1910), novela en la que aparece por primera vez Tito Liviano, no es el primer episodio de la quinta serie², pero puede considerarse en cierta medida como tal, ya que con él inicia Pérez Galdós el abandono del realismo para dar paso a unas novelas con predominio del componente mágico y fantástico, tal como hiciera previamente en *El caballero encantado* (1909). En esta obra introduce una estética más acorde con los movimientos del Modernismo e incluso la Generación del 98, y se abandona al onirismo, combinando elementos del realismo mágico³.

¹ Escrita entre 1907 y 1912.

² Le preceden *España sin rey* (1907-1908) y *España trágica* (1909).

³ El realismo mágico es un movimiento literario y artístico de mediados del s. XIX que se caracteriza por la preocupación estilística y el interés de mostrar lo irreal o extraño como algo cotidiano y común. Su finalidad no es suscitar emociones, sino expresarlas, y es, principalmente una actitud frente a la realidad.

Amadeo I arranca del año en que Tito y su amigo isleño, ambos periodistas, se encuentran a los «treinta y siete años justos del día en que tomó el portante don Amadeo de Saboya»⁴. Además de ser la primera novela de los Episodios Nacionales que abandona el realismo, abandona también la correspondencia cronológica de hechos históricos, como hiciera Galdós en las series anteriores. Y es en tal aniversario y con tal ocasión, a los «treinta y siete años justos del día en que tomó el portante don Amadeo de Saboya», cuando «el guanche» propone a su antiguo compañero que se ocupe de cumplir un encargo que se ha comprometido a realizar y para el que carece de ganas. El encargo no es otro que escribir una crónica del «reinadillo de don Amadeo»:

Una promesa indiscreta obligame a escribir algo de aquel reinadillo de don Amadeo, que sólo duró dos años y treinta y nueve días. Tú y yo vimos y entendimos lo que pasó y lo que dejó de pasar entonces. Tu memoria es excelente; sabes contar con amenidad los sucesos públicos. Hazme ese libro, y con ello quedará saldada la deuda de caridad que tienes conmigo. Puedes observar el método que quieras, ateniéndote a la cronología en lo culminante y zafándote de ella en los casos privados, aunque estos a veces llegan al fondo de la verdad más que llegan los públicos. Puedes entreverar entre col y col la lechuga de tus conquistas; ya sé que han sido innumerables, algunas acometidas y consumadas con temerario atrevimiento y dramáticos peligros... Por este trabajo te pagaré lo que dio Cervantes al morisco aljamiado, traductor de los cartapacios de Cide Hamete Benengeli, dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, o su equivalente en moneda, añadiendo el gasto de papel, tinta y tabaco en los pocos días que tardes en rematar la obra... Dime pronto si aceptas, para cerrar trato contigo, o buscar otro plumífero con quien pueda entenderme para sacar al mundo la vaga historia de Amadeo I.

Vacilé un instante, mirando al cielo y a los tranvías que de un lado a otro pasaban, y acepté, y con un apretón de manos sellamos nuestro compromiso.

De esta forma tan peculiar, Pérez Galdós nombra historiador a Tito Liviano, que adelanta a los lectores que contará la Historia como testigo y como «héroe o protagonista», introduciendo en ella «posturas o disfraces», ya que tendía por temperamento y volubili-

⁴ 12 de febrero de 1873.

dad natural a la mudanza de opinión, y a variar el carácter y estilo conforme a la ocasión y lugar en que la fatalidad le ponía. Pero todo ello no era obstáculo para isleño sino que, por el contrario, contribuía a darle mayor encanto.

Por tanto, el historiador-protagonista de los últimos cuatro *Episodios Nacionales* es Proteo Liviano, o Tito Liviano, cuyo nombre, como es costumbre en las novelas de Galdós, está repleto de simbolismo. La capacidad evocadora del componente onomástico es hecho general en semiótica, pero el simbolismo galdosiano «encierra un sentido polivalente en el que se manifiestan la tipificación caricaturesca y la transformación profunda hermanados con frecuencia en una visión irónica»⁵. Esto ocurre con Tito Liviano, remedo del historiador romano Tito Livio; es más pequeño, más insignificante y además, cambiante, ligero, de poco peso en el periodismo político, de poca estatura en lo personal, un Tito Livio en miniatura, como señala Ricardo Gullón⁶. Además Proteo era un dios griego del mar, hijo de Poseidón, y tenía los dones de la profecía y la metamorfosis, y esta última cualidad está muy presente en la peripecia de Tito.

Tito Liviano es un periodista impetuoso del periódico madrileño editado por Guillermo de Rivas, *El Debate*. Es pobretón y faldero, un raro galán que hacía estragos entre las mujeres pese a su pequeña estatura:

Sí; tan ligera, que la conocí antes de media noche en el escenario, y a la madrugada estábamos ya casados requetecivilmente... [...] Pues, señor, llevaba yo media semana en las alegrías de *príncipe consorte*, cuando una tarde me encontré en la Plaza de Matute con aquella Lucrecia de quien ya hice mención, bonita y vaporosa rubia bermeja amiga de Felipa..., la que conocí asociada a un jugador de oficio que llevaba la pechera y los dedos cuajados de brillantes. [...] Mi doble juego de amor fue descubierto a los pocos días por las dos apasionadas hembras, a quienes yo engañaba y entretenía con toda clase de sutilezas o equilibrios⁷.

⁵ IGLESIAS, A.: «*El simbolismo de los nombres en "Miau", historia gatuna de Madrid*». En: *Bulletin Hispanique*, tome 86, n°3-4, 1984. pp. 379-402.

⁶ GULLÓN FERNÁNDEZ, R.: *Técnicas de Galdós*. Taurus, Madrid, 1980.

⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Amadeo I*. Madrid 1910.

En Tito Liviano vemos grandes similitudes con Galdós, que comenzó sus ejercicios de estilo en el periodismo⁸, supo de la miseria del gacetillero y se prendó de innumerables mujeres a lo largo de su vida. Ambos eran republicanos convencidos, y Liviano, además, un poco pendenciero y buen orador, virtud esta de la que carecía Galdós, que, por el contrario, era un gran tímido, hablaba poco y tenía una voz débil. Maura, su abogado y contrario político, dijo que era «reservadísimo, seco y glacial». En cuanto a sus conquistas, era Galdós un «tímido mujeriego y superviril» a decir de su médico y amigo Gregorio Marañón.



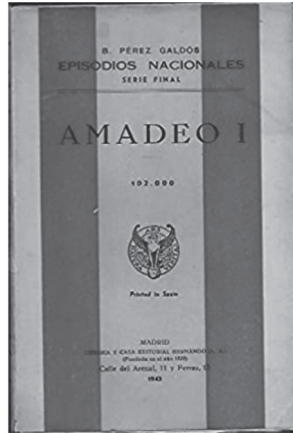
Benito Pérez Galdós

Tito aparece por vez primera en el antecitado tercer título de la serie final de los *Episodios Nacionales*, *Amadeo I*, y será protagonista de las novelas restantes. Resulta curioso notar –señala Francisco Estévez⁹– cómo «el protagonista se presenta por su apodo y hasta cinco capítulos después no descubre su verdadero nombre

⁸ Comenzó escribiendo artículos políticos en los periódicos madrileños *El Debate* y en *La Nación*.

⁹ ESTÉVEZ, F.: «Presencia de una ausencia. Más sobre Galdós en su obra». X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. Las Palmas de Gran Canaria, 2013, pp. 91-97

cuando confiesa sentirse diferente de sí mismo, respecto al patronímico de su precedente latino. Todo ello predispone al lector a interpretarlo como asociación velada a Galdós».



Amadeo I (1910)

Al igual que otros personajes de la extensa obra de Pérez Galdós¹⁰, Tito Liviano era burgalés, concretamente de Oña, lugar de nacimiento de su madre, doña Pascuala Zurbano y Calomarde, aunque él se definía como «un queso de múltiples y variadas leches» dadas las mezclas de sangres y abolengos de su familia:

Si queréis saber algo de mi ascendencia os diré que es un extraordinario ciempiés o cienramas. Por mi padre tengo sangre de los Pipaones y Landázuris de Álava, absolutistas hasta la rabia, y sangre de los Torrijos y Porlieres, mártires de la Libertad. Mi madre me ha transmitido sangre de verdugos como González Moreno y Calomarde, sangre de Zurbanos, y aun la de fieros demagogos, ateos y masones. Mi abolengo es, pues, de una variedad harto jocosa. Yo, con paciencia y saliva, quiero decir tinta, he reconstruido mi árbol, y en él tengo señoras linajudas, títulos de Castilla, que casi se dan la mano con logreros y mercachifles de baja estofa; tengo un obispo católico, un cura protestante, una madre abadesa, dos gitanos, una moza del partido, un

¹⁰ Entre otros, don Ramón de Villaamil, protagonista de la novela *Miau*.

Cf. JABATO DEHESA, M.J.: *Burgos en Mau, de Benito Pérez Galdós*. Boletín de la Institución Fernán González n.º 259, n.º 2019/2. Institución Fernán González, Burgos, 2020.

caballero del hábito de Santiago y varios que lo fueron de industria... Soy, pues, un queso de múltiples y variadas leches. Debo declarar que de la heterogeneidad de mis fundamentos genealógicos he salido yo tan complejo, que a menudo me siento diferente de mí mismo¹¹.

La monotonía del pueblo no estaba hecha para su altura de miras, así que, tras un breve e infructuoso paso por Vitoria, lo abandonó definitivamente yendo a Madrid, donde se instaló, convencido de que lograría en la capital del Reino fama y celebridad.

Pero la vida «loca» de Madrid, «el hervidero de las ideas disolventes, y las lecturas de obras perversas que inducían a la inmoralidad y al crimen» le llevaron al lecho de la enfermedad, y en la capital de la Corte, cuando estaba en proceso de recuperación de sus achaques, recibió la visita de su otro yo, de su padre, don Matías Liviano:

[...] oí ruido de voces que venían del recibimiento... Alcé los ojos, y en la puerta de mi cuarto vi un bulto, una persona que allí apareció como clavada. Era tan semejante a mí, que creí ver la reproducción de mi figura en un espejo... El sujeto que suspenso me miraba era chiquitín como yo, con mi propia cara más curtida, cabello gris y... Lo diré de una vez. Aquel señor era mi padre.

Narra Tito Liviano cómo al verle su padre tan alicaído, le planteó secamente que había ido a buscarle para sacarlo de Madrid y llevarlo a casa. «Yo no dije nada; me sentía máquina rota», dice Tito. Y continúa explicando: «Esa misma tarde había de verificarse el viaje, para lo cual se hizo el equipaje salvo los libros, ya que entendía el padre que eran «la causa de mi desarreglo mental»

Había sabido don Matías, padre de Tito, de la enfermedad de su hijo por una carta que le envió Delfina, «una viuda tierna, bastante supersticiosa, tirando a mística», hija de un excelente confitero que tuvo gran parroquia en Madrid y esposa del dueño de la más elegante funeraria de la Corte. Disfrutaba Delfina, según Galdós, «de un buen pasar», de forma que uno de los amigos de Tito, Roberto Robert, decía de ella aunando las profesiones de padre y marido, que «era *dulce y tétrica*..., y que en su carácter veía un ataúd lleno de yemas y tocino del cielo».

¹¹ PÉREZ GALDÓS, B.: *Amadeo I*. Perlado, Páez y Cía. Sucesores de Hernando. Madrid, 1910.

Delfina era vieja conocedora de los Liviano, y al tener conocimiento de que Tito pasaba por dificultades de salud, se puso en contacto con don Matías para que acudiese a Madrid a socorrerlo. Y con el fin de agradecer a la mujer el aviso, padre e hijo fueron a visitarla, recordando don Matías ante la viuda la bondad de la señora para con la familia, en especial para con la hermana del padre y tía de Tito, Bonifacia, vecina de la capital burgalesa:

Usted, Delfina, ha sido muy buena para nosotros. Cuando vino a Madrid el año 67 mi hermana Bonifacia con su marido, a consultar a los médicos su enfermedad del pecho, estaba usted recién casada. Acompañó a mi hermana en el visiteo de doctores; le regaló una magnífica torta de dulce, y cuando el pobrecito Manuel murió, no quiso usted cobrarle nada por el ataúd y hachones... Esto no lo olvida mi hermana, que ahora vive en Burgos.

Tras la visita, ambos, padre e hijo, se dirigieron sin demora a la estación del Norte para tomar el tren que les había de llevar a tierras burgalesas, abandonando así cuanto antes «ese Madrid arrasado y disoluto» en el que había enfermado Tito. Solo fuera de la capital podría lograr la cura de las «murrias y del desvarío» de su cabeza, inficionada por «los miasmas del vicio y de la corruptela», todo ello según don Matías, el progenitor, que aseguraba a su hijo:

Corruptela quiere decir el burlarse de las leyes de Dios, el no amarle ni temerle, el andar en el tole tole de libertades, que yo llamo licencias, y el querer meternos a los españoles en un fregado de ideas pestíferas y, como quien dice, republicanas. Te lo diré más claro [...] en los aires limpios del pueblo soltarás toda esa podredumbre, y serás otro hombre... Echarás de tu cabeza todo el maleficio, dejando que entre poquito a poco, como ave que busca su nido, la paloma del Espíritu Santo.

Don Matías Liviano y Pipaón era «un hombre bueno y simplísimo, incapaz de hacer daño a una mosca, de ideas petrificadas, patriarcales, resultado del vivir estrecho en pueblos de corto vecindario, sustrayéndose sistemáticamente a todo contacto con el vivir que irradia de las grandes ciudades del reino», según le define Galdós. Era alavés de nacimiento pero desde muy joven se estableció en la provincia de Burgos, en Oña, de donde era natural

su mujer y madre de Tito, la ya difunta doña Pascuala Zurbano¹² y Calomarde.

La familia Liviano Zurbano residió en esta pequeña localidad burgalesa, donde tenía posesiones, que se sumaban a otras de Cubo de Bureba y Medina de Pomar, «algunas tierrucas y dos o tres casas de mala muerte con que disfrutaban de un pasar modesto, insuficiente para los hijos que aspirábamos a mejor vida» a decir de Tito.

Fruto del matrimonio de don Mateo y doña Pascuala fueron tres hijos, Tito y sus dos hermanas mayores tanto en edad como en estatura, Trigidia y Pascuala. La primera casó con «un bigardo vizcaíno, bien cubierto del riñón» llamado Ignacio Zubiri, y la segunda con «un viudo joven de Miranda de Ebro, que traficaba en vinos de Rioja». El destino de Tito es sabido: Madrid, lugar donde, como hizo saber a su bondadoso y confiado padre, gracias a sus prendas había de lograr fama y celebridad.

Genio y figura, durante el viaje de vuelta a Oña, galanteó el joven Tito con una viajera «de agradable rostro, lozana y risueña» aprovechando que se dirigió a él para preguntarle cuánto faltaba para llegar a Briviesca –Bribiesca según Pérez Galdós– y que su padre dormía. Con destreza amatoria, se declaró a ella cerca de Burgos «con la mala pata –explica Tito– de que en los primeros compases despertó mi padre, y estirándose y bostezando exclamó: –*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar*».

Aunque Tito no lo sabía aún, otra *mala pata* iba a concurrir en la que había de resultar frustrada conquista, ya que cuando la apetecible viajera se puso en pie para salir, vio el donjuán «con espanto que era coja, pero de una cojera de solemnidad, pues tenía una pierna de palo, y se ayudaba de un bastón...». Como vemos, Pérez Galdós no desaprovecha la ocasión para demostrar que era un gran ironista.

En Burgos, la primera referencia es el tiempo. «El frío era intensísimo», dice Galdós, y añade por boca de Tito Liviano cómo fue la llegada a Oña desde la capital burgalesa y la impresión que produjo el pueblo en el alma fácilmente impresionable del protagonista, que

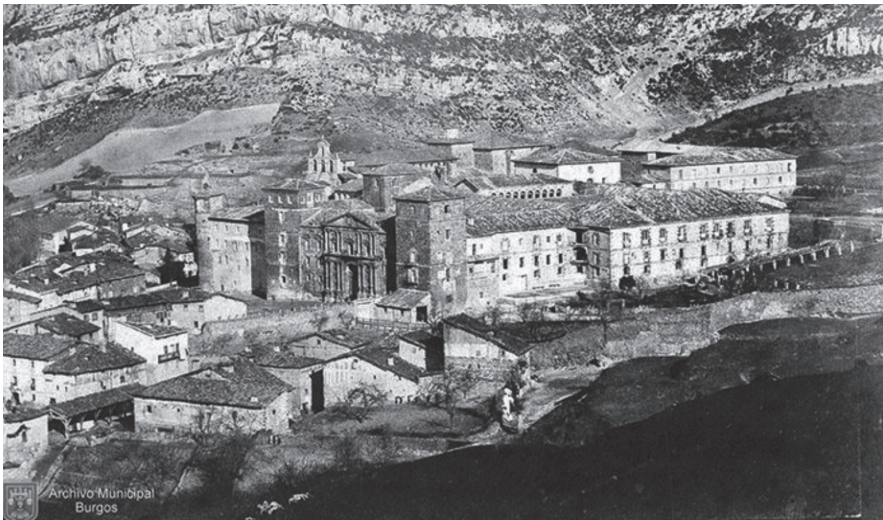
¹² El apellido Zurbano procede del lugar de su nombre, ayuntamiento de Arrazúa, partido judicial de Vitoria (Álava). Probaron su nobleza ante la Sala de los Hijosdalgo de la Real Chancillería de Valladolid y de Granada.

Cf. ATIENZA, J.: *Diccionario nobiliario español*. Aguilar: Madrid, 1959.

fue de tal calado, que confesó que «pasar de Madrid a Oña era como saltar de un planeta a otro»:

Mi padre saludó a un cura, y luego al dueño de los coches que llevaban diariamente el correo desde Bribiesca a Medina de Pomar, pasando por Oña, nuestro pueblo... Descansamos; amaneció, y ¡al coche...! Antes de las diez estábamos en la risueña y monacal villa de Oña, donde me crié, y con las primeras travesuras realicé mis primeras infantiles conquistas.

Declaro que me rejuvenecí y me fortifiqué con sólo pisar el suelo de aquella villa guardadora de mis dulces recuerdos. El convento de benedictinos con su iglesia y claustros y frondosas huertas, que conservaban aún a mi parecer la huella de mis zapatitos agujerados a poco de estrenarlos, renovaron en mi espíritu las alegrías de la niñez. Con placer indecible me recreaba en las verdes orillas del río y en los embalses de cristalinas aguas que los frailes tenían para sus recreos de natación y pesca... La menguada población me divertía menos. En el tiempo que yo faltaba de allí, aumentado había el rebaño de curas; la beatería del vecindario era ya un estado epidémico... Para mí, pasar de Madrid a Oña era como saltar de un planeta a otro. Mi padre, que con tanto desprecio y horror hablaba de los *miasmas* de Madrid, no se daba cuenta del aire espeso de fanatismo que allí respirábamos.



Oña

A.M.Bu FC -3221

La estancia prevista en Oña había de ser «felizmente corta», según expresión de Tito, el tiempo necesario para cobrar «unos cuartejos de la renta de dos casuchas y tierras pobres», ya que el padre y organizador del viaje tenía previsto seguir hasta Durango. Era este el destino elegido porque desde su viudez, don Matías había abandonado Oña para vivir en la localidad vasca con su hija Trigidia, cuyo nombre, dice Galdós, es el de una santa «oñense».

En efecto, santa Tigridia o Tegridia—que no Trigidia—, es la referida santa, Tigridia Sánchez, infanta de Castilla y segunda hija del conde don Sancho García y de doña Urraca Gómez, que llegó a ser la primera y única abadesa del monasterio de San Salvador de Oña.

Prosigue Tito la narración del viaje por tierras burgalesas, con parada en Miranda de Ebro para visitar a su hermana Pascuala. Y si en el inicio del viaje sintió pasar de un planeta a otro, al final del mismo, recorridos ya muchos kilómetros por tierras burgalesas, se tuvo «por transportado, no digamos que a otro planeta, sino al más lejano de los mundos siderales»:

Con mal tiempo y buen humor, metidos mi padre y yo en vehículos que variaban de lo malo a lo pésimo, emprendimos la peregrinación hacia Frías; de allí por el valle de Tobalina seguimos a Miranda de Ebro, donde nos detuvimos para pasar un día con mi hermana Pascuala. De Miranda seguimos en tren hasta Vitoria, y otra paradita, pues mi padre no pasaba por allí sin visitar a sus parientes los Pipaones y Suredas, todos redomados carcundas. La última etapa fue de Vitoria a Durango, por Ochandiano, paso de la Peña de Amboto... Y heme aquí, lectores que bondadosos me seguís de mazo en calabazo, heme incrustado en una sociedad de sentimientos y pensares tan opuestos a los míos, que me tuve por transportado, no digamos que a otro planeta, sino al más lejano de los mundos siderales.

Aquí termina la referencia a Burgos en el relato del oniense Tito Liviano. Pero, además de dar cuenta de la circunstancia de la cuna y la familia del historiador-protagonista de los *Episodios Nacionales*, es interesante remarcar la idea de que Galdós habló por boca del inclasificable Tito, haciéndole pasar por alguna de las peripecias que marcaron la vida del escritor, en concreto, por la ceguera.

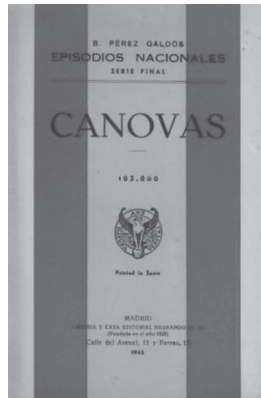
Benito Pérez Galdós tuvo una salud inestable. Comenzó a tener problemas en la vista hacia los 40 años siendo diagnosticado de iritis y cataratas bilaterales. y a los 62 años sufrió una hemiplejía transitoria. Fue operado de sus dolencias oculares por el Dr. Márquez entre 1911 y 1912, presentando en estos años dolores intensos en extremidades inferiores y poco a poco, marcha atáxica, signo de Romberg¹³, ceguera completa e imposibilidad de tenerse en pie, por lo que tuvo que permanecer en cama hasta su fallecimiento. A juicio de Herrera Hernández¹⁴, sufrió «sífilis terciaria (tardía), manifestada por neurosífilis, sífilis ocular, que fue la causa de su ceguera, y, además, arterioesclerosis e hipertensión».

Los problemas visuales le marcaron profundamente, tanto, que no son pocos los ciegos que aparecen en sus novelas: el joven Pablo Penáguilas, de *Marianela* (1878), que consigue recobrar la vista gracias a una operación realizada por el oftalmólogo Teodoro Golfín, que había adquirido en sus viajes por Europa «*los progresos de la ciencia oftálmica*»; Francisco Bringas, el buen «Thiers» de *La de Bringas* (1884), que deviene ciego cuando se afana en concluir un laborioso cenotafio; Evaristo Feijóo, de *Fortunata y Jacinta* (1887), que se quejaba de su mala visión —«algunos objetos se me oscurecen completamente y cuando me da el sol, me pican los ojos. Desde mañana pienso usar gafas verdes»—; Rafael del Águila, de la serie de *Torquemada* (1889-1895), hermano oaqueño de Cruz y Fidela, de triste destino; Almudena, el moro ciego de *Misericordia* (1897); Beltrán de Urdaneta, el aragonés de *Luchana* (1899) —«se le encandilaban los ojos, medio ciegos, ya»—; y Tito Liviano, en *Cánovas* (1912), entre otros.

En la trama de esta novela, cuarta de la quinta serie de los *Episodios Nacionales*, Tito Liviano se queda ciego, al igual que Galdós, y ve más entonces, como el ciego Almudena, porque ve la realidad profunda, ve las mentes, y a partir de este momento, con abandono de toda realidad, la novela es magia, fantasmagoría, visiones.

¹³ Pérdida del equilibrio con oscilaciones del tronco en todos los sentidos y eventual tendencia a la caída cuando el paciente intenta sostenerse con los pies juntos y los ojos cerrados.

¹⁴ HERRERA HERNÁNDEZ, M.: «*Perspectiva de las cataratas de Benito Pérez Galdós*». en *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, 2007. Tomo CXXIV. Cuaderno 3.



Cánovas (1912)

Galdós describió la ceguera de Tito Liviano de una forma tan minuciosa, que probablemente relató las sensaciones que él había tenido.

Después de Semana Santa empecé a notar que mi vista se nublaba; sentía como arenillas en los ojos, sin que de ello me aliviasen los cuidados de Casiana, que dos o tres veces al día bañaba con agua de rosas mis pupilas enfermas. Los patrones me recomendaron ejercicio y distracción. Conforme con este tratamiento elemental, mi compañera sacábame de paseo todas las tardes; pero mi vista mermaba tan rápidamente, que a los pocos días de estas divagaciones por el Botánico y Ronda de Atocha, tuve que agarrarme al brazo de mi leal Casianilla para no tropezar con los transeúntes. Al propio tiempo crecía la fotofobia, y ni aun amparando mis ojos con gafas negras érame posible resistir la viveza de la luz en plena calle. Fue menester reducir los paseos a la hora crepuscular, motivo mayor de tristeza y abatimiento. Siguiéron a esto dolores en las sienas, vascularización en la córnea, que perdía su brillo, tomando según me dijeron un aspecto mate, sanguíneo.

Tanto Segis como los demás amigos que me acompañaban en mis largas horas tediosas, convinieron en familiar consulta que era forzoso acudir a la Ciencia. Agravado el mal en breve tiempo, hasta el punto de que ya no distinguía más que los objetos próximos y de mucho bulto, se trató en mi casa de elegir el médico que había de curarme, y Pablo Nougués, doliente también de la vista, llevó a mi casa una tarde para que me examinase al doctor Albitos. Era este un oculista joven,

intelligentísimo en su profesión, de trato muy ameno y agradable, discípulo del famoso Delgado Jugo. Examinó el doctor mis dolidos ojos con escrupulosa atención y cariño; enterose de cuanto en mi naturaleza y en mis costumbres pudiera ser considerado como antecedente de la enfermedad. Sus palabras dulces me consolaron; mi sufrimiento sería tal vez un poco largo; pero si no me faltaba la virtud puramente medicatriz de la paciencia, él respondía de mi curación. Terminó el diagnóstico con el nombre científico y un tanto enrevesado de lo que yo padecía. No se me olvida aquel nombre, que fue como un rótulo, clavado por el médico en mi frente: *Queratitis Parenquimatosa*».

Desde aquella tarde quedamos unidos con vínculo estrecho mi *Queratitis* y yo, cual un matrimonio doloroso que había de durar hasta que la ciencia del oculista nos divorciara. Fortalecido por mi paciencia, de la que hice acopio exuberante, cargaba mi cruz y con ella recorría el agrio camino de la vida hora tras hora, semana tras semana. Recluso en mi habitación, sumido en intensa obscuridad, yo no distinguía los días de las noches, ni un día de otro, ni apreciaba el principio y fin de cada semana. Era para mí el tiempo un concepto indiviso, una extensión sin grados ni dobleces. Las únicas interrupciones de la continuidad eran los momentos en que me hacían la cura de los ojos el doctor o su ayudante



Benito Pérez Galdós ciego

Fuere o no por sus problemas de salud, lo cierto es que Galdós siempre tuvo interés por la Medicina. Tuvo amigos médicos,

como Gregorio Marañón y Tolosa Latour, y en el prólogo que escribió para el libro de este, *Niñerías* (1889), se declaró ferviente admirador de la ciencia médica:

Envidio a los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral; por eso vivo en continua *flirtation* con la Medicina, incapaz de ser verdadero novio suyo, pues para esto son necesarios muchos perendengues; pero la miro de continuo con ojos muy tiernos, porque tengo la certidumbre de que si lográramos conquistarla y nos revelara el secreto de los temperamentos y de los desórdenes funcionales, no sería tan misterioso y enrevesado para nosotros el diagnóstico de las pasiones.

El doctor Albitos trató los problemas visuales de Tito Liviano en *Cánovas*, recomendándole algo de lo que Galdós carecía, paciencia, que también era viva recomendación de su oftalmólogo el Dr. Márquez:

Al siguiente día, el doctor Albitos... me recetó bromuro en frecuentes dosis, y cuando me lavaba los ojos con la ducha de vapor y me ponía colirio de atropina para impedir que se soldasen los bordes del iris, díjome cariñosamente: «No solo hay que proveerse de paciencia, querido, sino también de serenidad y de sentido común para no dejarse arrebatar por ideas insanas, que insubordinan el sistema nervioso y dan al traste con la acción medicatriz. Ánimo amigo, resígnese a no ver nada por ahora, que mejor está ciego que el que ve visiones».

Concluyamos estas breves notas, escritas en el año en que se cumplen cien del fallecimiento de Galdós, con la transcripción del retrato que de él hizo en ABC uno de sus múltiples amigos, Tomás Borrás¹⁵, en el que trata de don Benito y de Galdós, del hombre y del escritor:

Iba, tan altote como era, a tientos de bastón, con los ojos –sus ojos– como cabezas de alfiler, pequeñitos, tapados por dos rodajas de vidrio negro, tateando la esquina, igual que el clásico pobre ciego, metido en un gabán muy usado y de clase barata: con el poderoso cráneo, modelado a grandes planos, huesudo, tal que un huaco guanche de barro cocido, cráneo de gran cabida, coronado por el más humilde sombrero redondo, negro desvaído, el ala de mosca; sonaba su andar menudito un ¡ris ras! de botas hechas; alrededor

¹⁵ «Don Benito». ABC 4-I-1946, p. 7.

del cuello la bufanda verdosa sostenía, ancho punto, la cabeza escultórica, noble. Inofensivo, dulce, apagado, ciego, menstrual, don Benito escondía así a Galdós; encubriéndole más con su mudez pertinaz, inacabable, hasta parecer aquel hombrón estatua de sí mismo. Solo un remiso buenos días o adiós salía del inmóvil rostro agujereado por los dos túneles de las gafas.

Don Benito, infatigado demonio, siempre mezclado y confundido con el pueblo, se redujo a escuchar, se privaba de la exquisita embriaguez española de la contradicción, la polémica y el deleitoso llevarle la contraria a todo el mundo, con tal de auscultar y recoger, tanto los fuertes trazos del carácter cómo los imperceptibles matices del verbo. Por esa su presencia callada –tal un aparato captador de imágenes y sonidos– don Benito proporcionó a Galdós miles de criaturas vivas, diversas, auténticas, que pululan por su obra con esencial verdad y más energía que en los caminos de donde el disimulado aparato las arrancó. Y por ello su habla, esa ancha, gruesa y delgada, robusta y sutil, sonora y elevada, innumerable y justa habla nuestra, tiene en Galdós un diccionario ilimitado, paciente, minuciosamente recogido por don Benito en su terco estarse a la vista y a la escucha.

Cantidad de observación como la de Galdós no la hay sino en sus hermanos, Dickens y Balzac. Cuando Federico Carlos, Sainz de Robles emprende el censo de personajes de su novela y su teatro, ha de emplear un volumen. En cambio, y con ser Sainz de Robles agudo y aguzado, no puede escribir la biografía de Galdós. Le rodea del ambiente, pinta muy bien, el Madrid del XIX y toda la circunstancia como dicen los orteguianos, del escritor. Pero se encuentra con don Benito encubriendo a Galdós, parvo, modesto, un clase media casi pobre, que no tiene ni historia ni anécdota, que no sabe más que escuchar muy calladito, ver muy modosito y escribir infatigablemente. Y García Venero, que recoge el ideario de Galdós en sus dos tomos, cuidadosa rebusca, no nos descubre nada, tampoco, del hombre. El hombre era don Benito y no existía más que como cuerpo para encerrar el alma en vuelo, galdosiana. Así, oscurecido y como disfrazado de uno cualquiera, con su puro de veinte céntimos siempre apagado y siempre el mismo puro, le conocí, y le quise, que don Benito se hacía amar, originaba ternura.

Nuestra generación se había destetado con *Trafalgar*, *Bailen* y *Zaragoza*, y yo, por vivir tantos años al comienzo de la calle de Toledo y estudiar en el instituto de San Isidro, por claro milagro que

agradezco a Dios, simultáneamente existía en el área de Postas, Plaza Mayor y las Cavas, y en las páginas de Fortunata y Jacinta; hasta no saber si Estupiñá era alguno de los pañeros del Comercio del Huevo o cualquier otro de los soportales, o si don Mateo, o don Lesmes eran trasunto y copia del Estupiñá de las tertulias. Y un día vi, de veras, a Fortunata, que se había salido de la invención: garbosa, rubia de soles, de mantón alfombrado y un aire –el aire de Madrid– que arremolinaba piropos; vivía, precisamente, en los balcones del desnivel de la calle de Cuchilleros, y era hija de un ebanista. Porque para Galdós hubo dos dones de elegido: arrancar de la cantera de la vida el material, sin inventar ni falsificar, de modo que usted se daba con la población de sus libros de manos a boca, en cualquier calle, y que esas mujeres y hombres se le agigantaran al elaborarlos y se le convirtieran en símbolos.

Cuando conocí a don Benito y le hablé de Galdós, recuerdo cómo se enterreía, con su mortecina risita cándida, al decirle yo que sus personajes eran amigos míos, y que todos los madrileños de mi alrededor copiaban a los de sus relatos. Trasvase, endósmosis curiosa, en que Galdós influía en el mundo que antes reprodujo y viceversa. Don Benito también usaba mucho el caclie pesetero, el simón o la mañuela de paso de penco y ventanilla, como balcón que va por la calle. Eran inseparables el coche y la figura del semi-ciego. En él recorría los madriles de Madrid, donde sus amistades –tienda, piso tercero, portería, taller– le dejaban estar mudo, a la escucha, y le abrigaban bien y le decían esas cosas que se dicen a los niños y a los abuelos. El abigarrado panorama del bendito Madrid del XIX tenía su centro en el hombretón de antiparras de tinta, y se oía (como solo se oye hoy de Benavente) ¡ahí, va don Benito! a un golfo, a una peinadora, al oficinista o al tratante de café. Por la mañana él ya se había escrito sus dieciséis cuartillas obligatorias, tarea que se impuso, implacable, cosecha de lo recogido en su andar por los madriles del Madrid para él, o de su Madrid. ¿Porque Madrid hizo a Galdós o Galdós es el autor del Madrid del diecinueve?

4 de enero de 1920: se nos fue a los madrileños el español que nos enseñó a leer a España, a verla y escucharla: Galdós. Don Benito no se fue, sigue igual, callado, como era su hábito, el rostro quieto y ausente, sentado a la vera del río de seres humanos; quien vaya a contemplarle en su piedra inmortal sepa que así era de lejano en carne ascética y alma misteriosa.



Inauguración del monumento a Benito Pérez Galdós, de Victorio Macho, situada en la Glorieta de Galdós en el Parque del Retiro. Inaugurada el 19-I-1919 en presencia del escritor